BIBLIOTECA DEL PUEBLO.

LOS TIRADORES EN MEXICO.

Novela escrita en inglés

POR

EL CAPITAN MAYNE REID.

MEXICO.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE ANDRES BOIX,
Calle de la Cerca de Sto. Domingo núm. 5.
1856.

FONDO FERNANDO DIAZ RAMIREZ

P27
R4

ES PROPIEDAD DEL EDITOR.

FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

X

CAPITULO I.

LA TIERRA DE ANAHUAC.

LEJOS, muy lejos, mas allá de las olas del grande Atlántico, detras de las islas ardientes de la India Occidental se encuentra un vasto país del mas agradable aspecto. En su superficie se estiende como una inmensa alfombra del verde brillante de la esmeralda; su cielo es como un solio de záfiro; su sol semejante á un globo de oro. Esta es la tierra de Anáhuac.

El viajero dirige sus pasos hácia el Oriente; el poeta piensa en las glorias pasadas de la antigua Grecia, el pintor va á pedir sus cuadros á los paisajes tantas veces reproducidos de los Alpes y de los Apeninos; el novelista toma de la Italia las costumbres y las escenas pintorescas de sus bandidos, ó bien como el héroe de Cervantes, retrocediendo muchos siglos, se introduce en los misterios de la edad media, habla de las tradiciones románticas, de las leyendas en boga, de los fabulosos combates en que se encuentran confundidos corceles

imaginarios y héroes imposibles. ¿Por qué todos, pintores, poetas, viajeros y novelistas en busca de lo pintoresco y poético, no vuelven mas bien sus miradas y sus pasos hácia este rico y espléndido país?

Lo que nadie se ha atrevido á hacer hasta aquí, vamos ahora á ensayarlo. ¡Animo! Como el osado aventurero genovés dirijamos nuestro esquife por las olas del Atlántico, atravesemos los archipiélagos americanos y allá abajo lleguemos á la tierra de Anáhuac. Arriesguémonos á desembarcar en sus costas, á penetrar en el sombrío horror de sus espesas florestas, á trepar sus elevadas montañas y atravesar sus vastas llanuras.

Seguidnos, viajeros, no temais. A nuestra vista se desarrollarán bien pronto escenas llenas á la vez de gracia y magestad. Poetas, aquí encontrareis una naturaleza que inspirará vuestros acentos; pintores, aquí hay para vuestros pinceles frescos y brillantes colores que parecen acabados de salir de la mano de Dios; escritores, aquí hay para vuestros libros muchas narraciones que ninguna pluma humana ha referido aún, leyendas de amor y de ódio, de gratitud y venganza, de hipocresía y franqueza, de nobles virtudes é infames crímenes, leyendas interesantes como las novelas, y reales como la verdad.

Continuemos navegando el grande Atlántico, por entre los archipiélagos de la India Occidental, adelante, siempre adelante con rumbo á las costas de Anáhuac.

El aspecto de este país es como el de un rico cuadro en que las escenas se multiplican y varían á manera de los matices del ópalo. Nada mas halagüeño que el espectáculo de tan brillantes perspectivas: por una parte se presentan valles que parecen querer introducirse en las entrañas de la tierra; por otra, montañas que levantan hasta el cielo sus nublados picos; mas lejos llanuras que se estienden por los límites del horizonte hasta que el azul del cielo se mezcla y confunde con las líneas indeterminadas de sus indecisos confines; y por otra un paisaje erizado de innumerables montecillos que ofrecen á nuestros ojos el aspecto de olas sin cuento en un oceano de verdura.

¡Ah! la palabra es impotente para dar una idea de este cuadro, y la pluma no puede trasladar, sino imperfectamente, las sensaciones sublimes y profundas á la vez que producen en el alma del espectador la vista de los dilatados valles ó de las altas montañas de México.

Aunque mis esfuerzos sean sin duda inútiles, con todo eso quiero ensayar la delineacion de algunos imperfectos bosquejos, un panorama de los cuadros que se han desarrollado á mi vista durante un solo viaje.

Me encuentro en las costas del golfo de México: las olas vienen suavemente á humillarse á mis piés sobre una playa de arena tan blanca como la plata: son puras y trasparentes: nada turba el azul de sus cristales, sino las blancas orlas de espuma que se adhieren en torno de los arrecifes de coral.

Dirijo al Este mis miradas: mas allá del alcance de mi vista se estiende un mar pacífico, cuyo grandioso aspecto parece convidar á la navegacion. ¿Pero dónde están las alas blancas de los mensajeros del comercio? Apenas percibo el esquife solitario de un salvaje pescador que deja en la superficie del agua su huella fugitiva, ó alguna humilde *polacra* ocupada en echar sobre la costa su carga de contrabando. Una pobre piragua está anclada en

un puerto vecino; no hay mas. En vano mis ojos y mi lente preguntan el espacio: ninguna otra vela aparece en el horizonte. El mar que desplega á mi presencia su magnífica estension es una ruta aún desconocida á los buques del comercio.

Esta ausencia de naves conduce mi pensamiento á la tierra de Anáhuac y á sus habitantes; la idea que de ella concibo, no es favorable ni á su estado moral, ni á su estado material: no debe tener ni comercio ni industria, ni prosperidad. Pero me detengo.... ¿qué veo á lo lejos?.... Sí.... un objeto de un color sombrío, semejante en su forma á una torre, se dibuja en el horizonte. Es el humo de un buque de vapor; signo cierto de una civilizacion avanzada, emblema de una vida activa. Se acerca á la costa.... ¡Ah! un pabellon estranjero! Sí, el pabellon de otro país se distingue en el mástil; son colores estranjeros que flotan en el tope de su mesana. Los rostros que se descubren por encima de sus filaretes tienen tambien el tipo estranjero y en idioma de otra nacion da el capitan sus órdenes. Este buque no pertenece al país; mi primera conjetura es justa.

Hace su viaje para el principal puerto: desembarca algunos paquetes de cartas y papeles, un pequeño número de mercancías, y una media docena de desgraciados, á quienes devora la fiebre: luego vuelve la proa, dispara un cañonazo y prosigue su viaje. Bien pronto desaparece en las llanuras del oceano: las olas han recobrado su silencio y soledad, y si algo turba aún el aspecto monótono de su brillante superficie, es el vuelo del gigantesco albatros ó los zambullos del águila marina.

.....

.....

Mis miradas se dirigen al Norte: un cinto de arena blanca rodea el mar azulado. Me vuelvo al Sud y distingo por esta parte otra faja de la misma especie: de ambos lados, tan lejos como puede alcanzar la vista, á centenares de millas de distancia sirve siempre de límite al mar de México una ancha cinta de plata. Esta banda blanca forma una línea de demarcacion entre el agua de tintas de turquesa y las florestas de colores de esmeralda: sin embargo, está lejos de ofrecer una superficie plana, carácter comun de las playas del Oceano: por el contrario, esta ribera, que millones de átomos brillantes hacen resplandecer á los rayos del sol del trópico como una coraza centellante azotada constantemente por las alas de los vientos, se ha recogido en profundos valles, ó levantado en altas colinas que se estienden por una y otra parte en todas direcciones, y presentan á la vista admirada el aspecto de un caos de nieve.

Me adelanto con trabajo por esta costa tan estéril que no puede alimentar la menor planta; recorro estos movibles valles, enterrándome y tropezando á cada paso: procuro subir las colinas de arena de aspecto singular y fantástico, ya semejantes á cúpulas, ya tajadas á pico y otras veces cortadas tambien en forma de mesetas. Se diria que el viento ha jugado con estas enormes masas como un niño que se divierte en amasar la arcilla de un alfarero. Vense inmensas hoyas semejantes á cráteres de volcan formados por algun torbellino, valles en abismos profundos que se sepultan entre altas murallas de arena, la mayor parte tajadas unas veces á pico, y otras desplomándose hácia el precipicio, como bóvedas medio destruidas.

El espacio de una sola noche como el golpe dado

con una vara mágica, basta para cambiar enteramente el aspecto de este singular paisaje. Si el viento del norte es el mágico, si sopla, todo se trastorna; donde ayer habia un valle, hoy se encuentra una colina, y el abismo de la tarde es reemplazado por la montaña de la mañana.

Subo sobre la cima de estos montes de arena y tiemblo al frio aliento de la brisa del golfo: descendo á los valles y me abrasa el sol del trópico. Miles de cristales reflejando en torno de mí la luz y el calor de sus rayos, deslumbran mis ojos, hacen hervir mi cerebro: mas de un viajero, en estos parajes, ha perecido víctima de una insolacion.

Pero ved que llega ya el terrible norte: por este lado cambia súbitamente el horizonte: el azul del pabellon celeste toma un color sombrío y aplomado: el trueno con su fuerte voz y sus lenguas de fuego, anuncia la variacion de la temperatura, la que aun sin necesidad de su estruendo, bastarian á darme á conocer mis propios sentidos. La atmósfera ardiente que há poco me sofocaba se ha metamorfoseado como por encanto en una brisa sutil, cuyo helado aliento raja la piel de mi rostro y ocasiona en todo mi cuerpo un temblor involuntario: llevan estas nubes en sus alas la fiebre, y esta fiebre es la muerte; su nombre, el *vómito*.

Auméntase la brisa, conviertese en un viento violento, ya es una borrasca. Levantada por su soplo impetuoso, vuela por todas partes la arena; espesas nubes oscurecen la luz del cielo, inmensos torbellinos ruedan en el espacio, subiendo y bajando alternativamente al lado del huracan que las impele. Imposible es ver ni respirar en medio de este verdadero semoon. Si me atreviese á levantarme del suelo, el polvo me cegaria infaliblemente y mi

cuerpo seria penetrado por los millares de átomos angulosos que el viento ha puesto en movimiento.

El norte dura dos horas enteras, y á veces reina por muchos dias: luego se aleja como ha venido, sin causa aparente, sin transicion, y va mas al Sud á hacer sentir los efectos de su terrible influencia.

Su paso ha modificado de un modo singular el aspecto de la zona de arena que ha cambiado enteramente: muchas colinas han desaparecido, y en el sitio donde se alzaban, han sido abiertos profundos valles.

Tales son las costas de Anáhuac, esas riberas del mar de México sin comercio y casi sin puerto: vasta estension de arena, pero que, á pesar de ello, ofrece á la vista un aspecto imponente y el sello de una pintoresca é incontestable belleza.

. . . . . .

Ahora á caballo y adelante: digamos adios á las olas azules del golfo.

Hemos atravesado la faja de arena que se estiende á lo largo de la costa, y andamos ya bajo las espesas sombras de las florestas de Veracruz. Son a la verdad florestas del trópico: la forma de las hojas, sus brillantes colores, su variedad, todo nos lo dá á conocer. La vista reposa con delicia sobre ramos en los que todos los matices del verde se mezclan con los ricos colores del oro. Este es el árbol embalsamado, de donde corre una cera olorosa; estas las flores de magnolia y las hojas gigantescas del banano. A su lado se eleva el tronco esbelto de la palmera, árbol elegante dispuesto en forma de silleria, como una columna y que parece sostener la bóveda del cielo. La viña parásita confunde su follage con el de los árboles que le sirven de apoyo, y las desmesuradas lianas se enlazan de un tronco en

otro culebreando en derredor de sus ramas como otras tantas serpientes monstruosas. Allí se encuentra á cada paso el talle flexible del bambú, á cuyos lados crecen enormes helechos. Por dó quiera regocijan y halagan la vista flores que nos ofrecen sus abiertas corolas: entre ellas distingo las del árbol del trópico, los pétalos de la Vid escarlata y los largos tubos del vignonia semejantes á trompetas.

Esta flora que me rodea tiene para mí todo el atractivo de la novedad. admiro el talle elegante de la palma real, cuyo tronco se eleva sin ninguna hoja hasta mas de cien piés de altura: corona su cabeza un vasto parasol de hojas ligeras como plumas que el mas tenue soplo de la brisa basta para agitar suavemente: á sus piés encuentro la caña de indias, su inseparable compañera, pequeña palma que con su delgado tallo y humilde estatura contrasta admirablemente con las proporciones colosales de su noble protectora. No lejos de allí admiro tambien al *corojo*, otra especie de palmera real cuyo magnífico follaje se estiende á lo lejos y se encorva en forma de graciosa bóveda como para proteger contra el sol las redondas nueces que penden en racimos á la estremidad de sus ramas. Este es el *abanico* con sus enormes hojas cortadas á manera del que usan las damas; la palma de cera que destila un jugo recinoso, y el *pirrijao* con su tronco rugoso y sus grandes racimos de frutos dorados. Viajo á caballo siguiendo el curso de un arroyo sobre cuyas márgenes se eleva una bella serie de columnas formada por los morales (coccus nauritia) árboles de tan noble planta y de frutos tan sabrosos que los primeros misioneros, en un rapto de su entusiasmo los llamaron pan de vida.

Contemplo con asombro los helechos que crecen por todas partes, entes estraños del mundo vegetal! En el suelo de mi tierra natal apenas llegan á la altura de la rodilla: pero en las florestas del Nuevo-Mundo rivalizan con las palmeras en la magestad de su estatura, y como ellas llevan en su cima un penacho ondeante de largas hojas corvas semejantes por su figura á las plumas arrancadas de las alas de un avestruz.

Admiro el magnífico *mamey*, cuyo fruto ovalado encierra una pulpa azafranada.

Me adelanto á la sombra de las espesas ramas del *moagani* y observo al pasar sus puntiagudas y plumosas hojas que ocultan gruesas cápsulas en forma de huevo hinchadas por la semilla reproductiva. A cada paso que doy, el sol ardiente del trópico, penetrando la frondosa bóveda viene á jugar con la verdura y las flores; vegetacion lujuriosa, iluminada de sus brillantes rayos, que ofrece por todas partes á los ojos colores no menos ricos que los del arco-íris.

No hay viento, y apenas la brisa tiene fuerzas para hacer oscilar ligeramente las hojas superiores de los árboles; por entre los cuales un pueblo brillante de pájaros agita sus alas volando. Los tanagres de lustroso plumaje, los resplandecientes trogones, los parleros loros, los tucanes de grueso pico se encuentran confundidos con los pájaros abejas, los troquilis y colibrís. Los rayos del sol cayendo sobre sus bellos plumajes hacen reflejar sus vivos colores que resplandecen como piedras preciosas.

El pájaro carpintero hiere con su gran pico el hueco tronco de una magnolia: la ruda corteza resuena bajo sus golpes, y de tiempo en tiempo este emplumado artesano se interrumpe para lanzar

aquel grito rechinante como una nota de clarin que anuncia su presencia á mas de una milla de distancia.

A la sombra de los árboles que cercan el arroyo, el encopetado curassow, salta y da vueltas, mientras que el soberbio pato de Honduras ostenta en un claro, á los rayos del sol, los colores metálicos de su rico vestido.

Veo huirse delante de mí al gracioso cerval (cervus mexicanus) que han espantado los pasos de mi caballo: arrástrase el caiman perezosamente sobre la ribera, ó bien se zabulle en el rio para ocultar en las aguas la fealdad de su disforme cuerpo. No menos horrible la iguana, fácil de conocer por su cresta dentellada, se desliza arrastrándose á lo largo de un viejo tronco, ó sigue la tortuosa rama de alguna enorme liana: el pardo lagarto atraviesa la senda: oculto en el nacimiento de alguna rama, el basilisco lanza á lo lejos su penetrante mirada: el geckotin de venenosa mordedura corre por entre las hojas secas en persecucion de algun insecto, mientras que el camaleon salta de rama en rama, y se esfuerza, cambiando de color, por engañar y fascinar sus víctimas.

Las serpientes se encuentran á cada paso: ya enormes boas ó culebras casi tan gruesas como aquellas enrolladas alrededor de los árboles: mas lejos la serpiente atigrada se levanta sobre su cola y muestra silbando su amenazadora cabeza. La de cascabel duerme al sol enrollada como una maroma: la de coral estiende sobre el suelo los pliegues de su cuerpo rayado, rojo y negro. Estas dos últimas especies, aunque muy inferiores en fuerza al boa, son sin embargo mas temibles, y mi caballo retrocede con espanto cada vez que percibe á la primera bri-

llar entre la yerba, si oye á la segunda anunciar su presencia por un agudo silbido.

Los cuadrúpedos y los cuadrumanos pueblan tambien estas florestas. Hé aquí al mono rojo que se escapa al acercarse el viajero y se abalanza sobre un árbol, donde salta con agilidad de rama en rama. El gracioso *titi* juega inocentemente por entre el follaje, mientras que el feroz zambo llena el bosque de sus gritos que se asemejan á la voz humana.

A alguna distancia el jaguar está acostado en un juncal impenetrable. Entregado al reposo durante el dia, no despliega su actividad sino en la noche, y solo á los rayos de la luna se puede entrever su vestido salpicado de moscas. Si lo encuentro alguna vez en tanto que el sol brilla en el horizonte, es porque ha sido arrojado de su guarida por perros enviados á perseguirlo. En los matorrales duermen tanbien la onza, la pantera y el lince, y de vez en cuando veo al leon de Méjico tendido sobre alguna rama horizontal, donde acecha en silencio al tímido ciervo sobre el cual medita lanzarse así que pase. Por lo que á mí toca, me separé prudentemente de este temible velador.

Llega la noche y todo cambia de aspecto: los pájoros de brillantes plumajes, loros, tucanes, y trogones desaparecen hasta por la mañana y dejaná. otros seres alabar la posecion del reino del aire Entre los resienvenidos que les suceden, muchos traen consigo la luz que les es necesaria para guiarse por enmedio de las tinieblas. Tales son los cocuyos, que tienen el cuerpo iluminado de una luz fosforescente, semejante á un globo de oro herido de los rayos del sol, ó mejor aún, á una lámpara brillante. Al verlos recorrer la esfera, se les tendria por otras tantas estrellas movibles. Tales son tam-

bien los guyanitos: la hembra. insecto privado de alas, se parece á la luciérnaga: adhiérese á las hojas de los árboles, mientras que el macho, dotado de lígeras alas, revolotea al rededor de ella galanteándola al modo que las mariposas acarician las flores. Pero ¡ ay ! que el brillo de estos insectos es las mas veces causa de su muerte, pues sirve para revelar su presencia á sus crueles enemigos las aves de rapiña, el buho y el murciélago.

El horrible vampiro estiende en las sombras sus anchas y sombrías alas y facilita su modesta carrera dando vueltas sin cesar sobre sí mismo, en tanto que la gran lechuza (stryx mejicana) saliendo de la concavidad de un tronco de árbol, hace oir sus espantosos gritos semejantes al estertor de un hombre que muere degollado. Por otra parte resuenan los ahullidos del cuguardo y los feroces acentos del tigre mejicano: el grito penetrante de la alondra se reune al ladrido del perro-lobo, mientras que del fondo de los pantanos confunde el sapo los acentos de su voz gutural con el graznido de las ranas.

En la noche los perfumes son menos vivos y el aroma de las flores se absorbe frecuentemente por los fétidos olores que esparce en torno de sí el infecto *chinga*, porque es la hora en que este singular animal deja su retiro y recorre los bosques.

Tales son las particularidades mas notables que presentan á los ojos del viagero las florestas tropicales situadas entre el golfo y las montañas de Méjico. Apesar de lo que acabamos de decir, no se debe creer que este país esté del todo inhabitado: algunos parajes se hallan cultivados y se encuentran, aunque á grandes distancias, establecimientos agrícolas.

La floresta se abre, y derepente varia la decora-

cion: una hacienda se estiende á mi vista, y enmedio se alza la casa de un propietario, de un rico. El campo que rodea su morada está cultivado por sus sirvientes ó peones que trabajan cantando; pero ¡qué tristes son sus cantos! su voz está llena de melancolía: es la voz de un pueblo esclavo.

Y sin embargo la naturaleza en torno de ellos está llena de animacion y de alegría: todo parece feliz, ecepto el hombre: la vegetacion se desplega en esta comarca con una fuerza y una riqueza admirables; las flores y los frutos se confunden sobre los mismos árboles y plantas: el hombre es el único que sufre enmedio de toda esta magnificencia.

La campiña se halla atravesada por un arroyo de sinuoso curso, cuyas aguas límpidas y frescas provienen de nieves derretidas del Orizava: sobre sus felices márgenes brotan la palmera, el cocotero, y el soberbio banano: y cerca de ellas se ven adornados con todos los frutos de los trópicos elegantes jardines y ricos vergeles. He aqui al naranjo de globos de oro, el limon dulce, la magnífica pamplemusa y y la guayaba de jugo refrigerante.

Me paseo á la sombra del aguacate y cojo de paso el fruto suculento de la chirimoya. La brisa al pasar por estos fértiles campos empapa sus alas en el perfume del café, del índigo, de la vainilla y del cacao; y por donde quiera que mire, veo las hojas lanceoladas de la caña de azúcar brillar á los rayos del sol, en tanto que se agita al soplo del aura su garzota de oro.

Los campos cultivados del trópico no son menos bellos á la vista que sus vírgenes florestas.

Prosigo avanzando por el interior de tierras que me elevan gradualmente encima del nivel del mar: ya no son caminos horizontales los que recorro sino

senderos abiertos por los flancos de las montaña que descienden á las profundidades de los valles y barrancos. El casco de mi caballo no se introduce ya en la arena ó en la tierra de aluvion; resuena al contrario hiriendo las rocas de pórfido: el paisaje ha cambiado al rededor de mí; la escena no es la misma: todo, hasta la atmósfera que me rodea, es diferente. La temperatura ha bajado considerablemente sin haber no obstante descendido hasta el frio. Aun estoy en esta parte del país que se llama *Pié de Monte ó tierras calientes;* mas arriba es donde debo encontrar las *tierras templadas.* Elevado solo á mil piés del nivel del mar, no he llegado aún sino al pié de los Andes septentrionales.

¡Qué metamórfosis! Apenas hay una hora que he dejado la llanura, y sin embargo, á vista de cuanto me rodea, creo haber sido trasportado á otro país: me detengo sobre un paraje descubierto, y dirigiendo las miradas á todas partes, se aumenta á cada instante mi asombro.

Aquí la vegetacion es menos poderosa, la yerba menos espesa, las hojas menos frondosas, los tallos menos macisos: veo colinas casi enteramente desnudas de árboles. Han desaparecido las palmeras, pero en su lugar se elevan de trecho en trecho vegetales que se le parecen bajo ciertos respectos; son realmente las palmeras de la montaña: distingo al palmero con su follaje en forma de abanico; la yuca, cuyas hojas son semejantes á bayonetas. Este arbusto, poco elegante, pero pintorezco, da al paisaje, con sus gruesas cápsulas llenas de semillas, un carácter muy particular. A su lado se encuentra el aloe (pita) con su flor á modo de penacho y sus hojas armadas de espinas: persibo por do quiera cactus de estrañas formas, el coquineal, el tuna, el

ocuntias, el gran cactur joconoste, y el pitahaya que se abalanza como la flecha de un campanario gótico y guarnecido por todos lados de una especie de brazos que le dan la apariencia de un candelabro jigantesco. En mi alrededor centenares de plantas grasas singulares ó informes, se arrastran por la superficie de la tierra ó se levantan tan solo algunos pies por encima de la superficie del suelo.

Mas lejos se hallan los cardenales y las mimosas, y á su lado se alza aquel arbusto llamado curioso por la ciencia *mimosa y frutescens,* cuya sensibilidad es tan viva que al acercarme replega sus hojas sobre sí, y no las vuelve á abrir hasta que me haya retirado.

Esta region es la tierra favorita de la acacia, árbol que brota aquí por todas partes y forma con sus espinas y ramas entrelazadas, impenetrables selvas conocidas en el país con el nombre de *chaparrales.*

En medio de estos grupos crecen el carobo de miel, el algarobo, el aromo espinoso, y mas notable aún que todos estos vegetales la *fouquiera esplendens,* cuyos tallos enlazados y guarnecidos en su cima de flores rojas, presentan á lo lejos el aspecto de una bandera desplegada.

En esta altura se encuentran menos animales que en las regiones inferiores, aunque no está enteramente desprovista de ellos. La cochinilla vive y muere sobre la hoja del cactus: la grande hormiga alada prende su nido de arcilla de las ramas de la acacia: el hormiguero acurrucado sobre la tierra tiende como una red, su lengua glutinosa sobre el camino que deben recorrer los insectos para entrar en sus viviendas; la armadilla de pelo rayado se re-

fugia en los agujeros de las rocas ó rueda hecha una bola para escapar á las persecuciones de sus enemigos. Numerosos rebaños medio salvajes abren claros en la yerba, ó bajan la colina para ganar algun arroyo, mientras que el buitre estiende sus alas en el cielo, buscando con la vista alguna presa sobre la cual pueda arrojarse.

Pero tampoco estos lugares están enteramente abandonados por el hombre; á los que tambien ha llevado su industria. Por una y otra parte se alzan la choza del peon y el rancho del pequeño propietario: estas construcciones son mas sólidas que las de la region de las palmeras, y en ellas se ha empleado la piedra. Allí se encuentra igualmente la morada del rico, la hacienda con sus paredes blancas y sus aberturas semejantes á ventanas de carcel. De trecho en trecho descuellan reducidas aldeas (*pueblitos*) con su iglesia en cruz y su campanario pintado de vivos colores.

El trigo indio ha reemplazado la caña de azúcar: atravieso tambien dilatados campos plantados de tabaco; donde crecen á la par de la Jalapa, el guayaco, el odorífero sasafrás y el saludable copaibo.

Me adelanto siempre, ya trepando las colinas, ya descendiendo á los barrancos, especie de cañadas abiertas por los lechos de los torrentes. Muchos de ellos tienen hasta mil piés de profundidad, y el camino que es forzoso seguir para penetrar entre sus costados no es las mas veces sino una estrecha senda cercada por una parte de una roca escarpada, y de la otra por un torrente que muge allá abajo á una distancia espantosa.

Viajando de esta manera, paso por la region que se estiende al pié de las montañas y entro al fin

en ellas por un desfiladero de los Andes Mexicanos.

La garganta que sigo, cubierta de bosques espesos y sombríos está sostenida de cada lado por masas de pórfido azul: logro al fin atravesarla y salgo á la otra parte de la sierra. Un cuadro de nueva especie se desarrolla entonces á mi vista.

A mi alrededor todo está en calma, todo es tan puro y agradable que detengo mi caballo y miro con un sentimiento de asombro mas bien que de admiracion. Tengo á mi vista uno de los *valles* de México, grandes mesetas situadas en medio de los Andes á muchos millares de pies por encima del nivel del mar, y que se estienden del centro de estas montañas hasta las costas del oceano Artico.

La llanura que se despliega á mis ojos es lisa como el yelo ó como la superficie de un lago: montañas la rodean por todas partes; pero estas montañas están perforadas en diferentes puntos por desfiladeros que conducen á valles de la misma naturaleza que el que estoy examinando: levántanse rápidamente en la planicie y sin interrupcion algunas prominencias; ya grandes conos, ya muros tajados á pico, cuya cima se pierde en las nubes.

Recorro estos llanos, cuyos pormenores examino, y no les encuentro la menor semejanza con la region que he dejado á mis piés, la *tierra caliente:* me hallo en la *tierra templada:* los objetos que hieren mi vista, el aspecto general de la naturaleza, la atmósfera que me rodea, todo ha cambiado, todo es nuevo: el aire mas fresco; de primavera la temperatura que aquí se goza; pero acabo de salir de una region mas cálida y esta transicion súbita me hace esperimentar una sensacion de frio y me envuelvo en los dobleces de mi capa.

Mi vista descubre á lo lejos el país, porque el valle está casi sin árboles: no tardo en reconocer las huellas del cultivo; la civilizacion se revela por donde quiera; estas altas mesetas, las tierras templadas, son el asiento de la civilizacion mexicana. En ellas es donde se encuentran las villas, las grandes ciudades, los ricos conventos y las soberbias catedrales: en ellas se agolpa la poblacion en masas mas compactas. En estos campos están los ranchos construidos de ladrillos [*adobes*] y tambien villorios enteros formados de cabañas de tierra, rodeadas las mas de cercas de cactus, y habitadas por los morenos descendientes de los antiguos Aztecas.

Por todas partes se estienden fértiles campiñas: allí es donde adquiere el ágave sus gigantescas proporciones y cubre el maiz llanuras enteras con sus amarillas espigas que, cuando están agitadas por la brisa, ofrece á la vista el aspecto de un mar de olas de oro: allí crece el trigo con abundancia al lado del pimiento y de la haba de España: la rosa presenta por do quiera su corola embalsamada y alfombra las paredes y adorna las puertas de las casas. Esta tierra es tambien el suelo natal de la patata dulce.

En los vergeles las ramas de los árboles se agobian bajo el peso de las peras, granadas, membrillos, manzanas y otros frutos sabrosos. Por una feliz confusion las semillas de las zonas templadas brotan al lado de los curcubitáceos del trópico.

Dejo este valle y llego á otro atravesando una garganta de la montaña: el espectáculo no es el mismo; sin embargo, no por eso deja de ser menos interesante. Me hallo ahora en una vasta pradera cubierta de vicio a yerba donde pastan rebaños innumerables bajo la guarda de vaqueros á caballo.

Paso otro desfiladero; nuevo valle, nueva perspectiva. Es un desierto de arena. En su superficie se alzan sombrías columnas de polvo, gigantescos fantasmas que parecen moverse bajo el soplo de algun genio.

Entro en otro valle y mis pasos se detienen por una dilatada estension de agua: estiéndese á mis piés un lago grande como un mar interior: vastas sabanas forman sus riberas, y en este terreno cenagoso, los juncos y las cañas brotan en abundancia.

Mas lejos se descubre un llano, pero sin agua, ni vegetacion, ni frescura, cubierto tan solo de lava y escorias: es una superficie desolada donde no se ven árboles, ni plantas, ni cosa alguna que recuerde la vida.

Tales son los rasgos principales, pero incompletos, que caracterizan estas grandes mesetas, teatro de escenas siempre nuevas y llenas sin cesar del mas vivo interés.

Abandono esta region para elevarme mas todavía: cada paso que doy me acerca á las nubes, subo los flancos escarpados de las cordilleras, y llego en fin á la region o tierra fria.

. . . . . .

. . . . . .

Hemé aquí ya á diez mil piés por encima del nivel del océano viajando cubierto por la sombra de una espesa floresta: los árboles me impiden ver y distinguir los objetos á una gran distancia. ¿Dónde estoy? Seguramente no es bajo el trópico, porque reconozco á mi al rededor la vegetacion de los países septentrionales. Esta es la encina de nudosas ramas y hojas sueltas, el fresno de blanca corteza, y el pino de forma cónica.

El viento gime por entre las muertas hojas y su aliento me hace estremecer: las ramas desnudas se chocan entre sí, estos ruidos son ya los del invierno. No obstante me hallo en la zona tórrida, y el sol sin fuerza, cuyos rayos se abren paso por el ramaje de las encinas, es el mismo que me quemaba, há pocas horas, cuando viajaba por en medio de palmeras.

Termina la floresta y me veo entre colinas cultivadas, campos cubiertos de cáñamo, lino y cereales bastante vigorosos para resistir á los hielos de las zonas frias. El rancho del labrador es una cabaña de madera cubierta de un techo de tejas, muy diferente, por su aspecto, del que habita el cultivador de los grandes valles, ó de las tierras calientes.

Paso por los hornos humeantes del *carbonero*, y encuentro al *arriero* con su *atajo* de mulas gravemente cargadas de nieve cogida en la cima de las montañas. Estas cargas están destinadas á refrescar el vino en la copa de los habitantes de las grandes ciudades de la llanura

Subo, subo siempre: dejo las encinas á mis espaldas, y ya no veo sino el tronco desmedrado de los pinos enanos: el viento se hace cada vez mas frio y me rodea el aspecto del invierno.

Subo aun mas: los pinos han desaparecido, ningun vegetal se presenta á mi vista sino los muzgos y líquenes que penden de las rocas; me parece que ando por las tierras árticas; que he llegado á la region de las nieves eternas; piso el yelo; y veo los líquenes que han brotado en las hendiduras de sus masas trasparentes.

Todo es glacial y triste: me siento helado hasta el tuétano de los huesos.

Mas arriba, mas arriba; aun no hé llegado á la

cima. Por entre montones de nieve, sobre la superficie de campos helados, por largos picos escarpados y rugosos, con abismos á mis pies, trémulas las rodillas, el pecho anheloso y los dedos crispados por el frio, avanzo aun y subo siempre. ¡Ah! por fin hé conseguido mi objeto y estoy en la cima.

Héme ya en la cumbre de Orizava, la montaña de la Estrella ardiente, á mas de cuatro millas por encima del nivel del Océano. Con la cara vuelta al Oriente miro hácia abajo. La nieve, la faja de líquenes y de rocas, la region de los pinos, la de las encinas, los campos de cebada, las llanuras de maiz, los bosques de yucas y de acacias, la floresta de palmeras, la costa y el mar mismo con sus rayos de azul, todo se me presenta á la vez. Desde la cima de Orizava hasta las costas de México, abrazo con una sola mirada todos los grados de un inmenso termómetro; estoy en el polo y distingo hasta el ecuador.

Me hallo solo.... el frio ha penetrado hasta en mi cerebro; los movimientos de mi pulso son irregulares, los latidos de mi corazon se hacen oir en medio del silencio, y agobiado por el sentimiento de mi propia nada, conozco que soy un átomo apenas visible sobre la superficie del globo terrestre.

Miro y escucho; veo y no oigo; de aquí la perspectiva es inmensa, pero el ruido no llega hasta allá. Un silencio imponente reina en derredor de mí: es el silencio sublime del Omnipotente, cuya majestad sola habita en estos desiertos.

Escuchad: ¿qué ruido espantoso acaba de romper súbitamente este silencio? ¿Seria el estruendo del trueno? No, no, es el crujido espantoso de los montes de hielo. Este ruido me estremece. ¿Es la voz del invisible? ¿Es una advertencia de Dios?

Yo tiemblo y adoro.....
.....

Lector, si puedes subir la cumbre del Orizava y mirar desde allí las costas de México desarrollándose á tus piés, tendrás á tu vista, como sobre un mapa, la escena del drama que te voy á contar.

CAPITULO II.

AVENTURA CON LOS CRIOLLOS DE LA NUEVA-ORLEANS.

EN el curso del año de 1846, me hallaba en la ciudad de Nueva-Orleans, donde hacia una de estas pausas indispensables entre los diferentes capítulos de una vida aventurera. No tenia ocupacion alguna: he calificado mi vida de aventurera, y no sin razon, porque reuniendo mis recuerdos de diez años á esta parte, no encuentro, en este largo espacio de tiempo, dos ó tres semanas pasadas en el mismo lugar.

Habia atravesado el continente de Norte á Sud y de un mar á otro: mis piés hollaron sucesivamente las cimas de los Andes y las cumbres de las cordilleras de la Sierra Madre: llegué á las primeras costeando el Mississippi y á las segundas por las riberas del Orinoco. Cacé los búfalos con los pawnios del rio de la Plata y las avestruces en sus inmensas llanuras de las Pampas; un dia temblando de frio bajo la cueva del Esquimal, un mes despues durmiendo la siesta en un lecho aéreo bajo la som-